

12 pasos en el crimen

Historias de huellas digitales, robos y asesinatos

Fernando Ilabaca Reyes

 Planeta

Retrospectiva

2018

EL MALL

Era un día de verano. Llevaba camisa, pantalón corto de mezclilla y chalas, estaba viendo una película de suspenso en el televisor. Mi esposa Alejandra me pidió que la trasladara junto a su madre a un centro médico en la rotonda Quilín. Mi suegra, Alejandrina, es viuda y vive cerca de nuestro departamento; a unas tres cuadras, y tenía que realizarse unos exámenes. Miré a mi nieto Lucas, el menor en ese entonces, de un año, que estaba en su coche-cuna; ese día, mi hijo menor nos había pedido ayuda para cuidarlo.

—¿Vamos con él? —pregunté mientras Lucas me miraba fijamente.

—Por supuesto —contestó Alejandra—. Tú estacionas, yo bajo con mi mamá y te quedas con el niño en el auto.

Miré por última vez la pantalla como esperando un salvavidas, pero no hubo caso. Mi señora insistió en que me apurara porque estábamos atrasados y debíamos pasar a buscar a mi suegra a su departamento. Me puse de pie, apagué el televisor, le hice un cariño a Lucas, tomé su mochila con ropa, pañales, mamaderas y demás; era muy pequeño aún y teníamos que andar con estas cosas hacia todas partes. Mi esposa lo puso en su coche y bajamos.

Cuando llegamos a la rotonda Quilín, ingresamos a los estacionamientos del mall. Miré las edificaciones: Johnson, París, Líder; no había ningún centro médico. Les pregunté la dirección y mi suegra indicó que era en la parte trasera del mall.

—¿Habrá estacionamiento para el vehículo? —pregunté—. Porque si se demoran, no sé si Lucas tendrá paciencia. —Casi agregó que yo sentía lo mismo.

Llegamos al lugar, nos podíamos estacionar frente al centro de salud, mi señora bajó con mi suegra.

—Vamos y volvemos.

Yo escuchaba música de la radio y Lucas se movía inquieto. Le pasaba juguetes de tanto en tanto, pero ya llevábamos casi treinta minutos dentro del auto y decidí que nos bajaríamos y lo pasaría en el coche. Había repetido unas tres veces el paseo, siempre cerca del vehículo, cuando escuché una quebrazón de vidrios a mi espalda. Miré sobre mi hombro y vi a una persona que reptaba por el espacio donde momentos antes estaba la ventana y sacaba la mochila de mi nieto del interior, huyendo rápidamente.

—¡Alto, policía! —grité— ¡Para, hueón! —volví a gritar.

Mientras, iniciaba una carrera arrastrando el coche —con Lucas arriba— detrás del sujeto. Seguramente el tipo se asustó, así es que botó la mochila y subió rápidamente a un vehículo pequeño conducido por otra persona y huyeron del lugar. Alcancé a grabar en mi memoria la patente del auto. En esos momentos, diferentes personas se acercaron ofreciendo su ayuda; de entre ellas aparecieron mi señora y mi suegra.

—¿Qué pasó? Escuché tus gritos —dijo Alejandra.

—Rompieron un vidrio del vehículo mientras paseaba al niño, y sacaron la mochila. Les grité que era policía, les dije un par de garabatos y la botaron mientras huían.

—¿Y no pensaste en el niño? Podrían haberle hecho algo.

—Lo siento —respondí—, actué de manera imprevista. Llamaré a la unidad del sector y haré la denuncia por el intento de robo, los daños al vehículo y para hacer uso del seguro —le dije.

A los pocos minutos llegamos al cuartel de la PDI, donde el ayudante del oficial de guardia nos estaba esperando. Ingresé y procedí a estacionar mi vehículo, momento en que se presentó el jefe de servicio.

—Señor Ilabaca, buenas tardes, ¿qué le pasó? ¿Están bien usted y su familia? —comentó mirando al interior del vehículo.

—El jefe se encuentra en la Región Metropolitana, yo estoy a cargo de la unidad.

—Sí, estamos bien, gracias por preguntar. Vengo a realizar una denuncia y aportar algunos antecedentes de una patente.

Cuando entramos a la unidad, recibí algunos saludos de los detectives que se encontraban realizando labores. Noté que les costaba reconocermme por mi atuendo veraniego y por la costumbre durante años de haberme visto de traje y corbata; la misma tenida que sigo utilizando como profesor de la Escuela de Investigaciones. Varios habían sido alumnos míos; los más antiguos, subalternos cuando era subdirector operativo de la PDI, hacía ya doce años.

—¿Primera vez que le pasa esto, señor? —preguntó el detective que estaba preparando la documentación para tomar la denuncia, buscando en su notebook el archivo que contenían los formatos—. A mí me gustaría encontrarme con uno de ellos en un delito flagrante, pillarlo justo con las manos en la masa —comentó sonriendo.

—¿Me permite contarle una breve historia? —le sugerí.

TREINTA Y CINCO AÑOS ANTES

EL CERRO

Con mi esposa y nuestras dos hijas, Paula y Daniella, en ese entonces de cuatro y dos años, concurrimos en nuestra citroneta Azam del año 70 al cerro San Cristóbal, para visitar el zoológico. Dejamos el auto estacionado a unas dos cuadras del cerro y, en su interior, un bolso con los pañales y las mamaderas. Cuando veníamos bajando el cerro, ya casi en la calle principal, me di cuenta de que un muchacho pasó cerca de un vehículo blanco estacionado y miró hacia el interior.

—¿Qué estás mirando? —dijo mi señora.

—Un sospechoso —expliqué indicando con mi mano el automóvil.

—¿Ese joven de camisa azul?

—Sí, parece que anda robando en los vehículos.

A los pocos minutos llegamos a la citroneta, momento en que nos dimos cuenta de que estaba con una de sus puertas abiertas y faltaba el bolso.

—A lo mejor fue él... —comentó mi señora.

—Voy a dar una vuelta a la manzana —respondí—. En una de esas anda por aquí cerca. Suba a la citrola con las niñitas, vengo luego.

Cuando llegué a la esquina y doblé para rodear la cuadra, sorprendí a un individuo palanquear fácilmente la puerta de un auto y sacar de su interior tres chaquetas.

—¡Alto! ¡Investigaciones! —le dije mostrando mi placa de servicio.

—Qué te pasa, hueón... —respondió—. Vírte al tiro —dijo esgrimiendo un cuchillo con el cual hizo movimientos en el aire en forma agresiva y desafiante.

Como respuesta saqué de entre mi ropa mi arma de cargo, un revólver con un cañón de cuatro pulgadas.

—Suelta el cuchillo o disparo —lo amenacé.

—Chaaa, con esa huea no po' jefe. —Soltó el cuchillo y se tiró al suelo, colocando las manos en su nuca.

Recogí el cuchillo y trasladé al detenido cerca de la citrola. Hice una seña a mi mujer para que recibiera las chaquetas, y procedí a sacar los cordones de las zapatillas del detenido, amarrándole las muñecas. Lo dejé arrodillado contra la pared en la entrada de un negocio, desde donde llamé a la central solicitando cooperación.

A los pocos minutos llegaron dos carros del sector, a quienes conté en detalle la detención. Se llevaron al detenido y dejamos una nota en el interior del vehículo donde se produjo el robo: que se comunicaran con la central o con la unidad del sector para realizar la denuncia respectiva.

—Qué tiempos en los que se formó en la calle, señor. Qué distinto debe haber sido todo en esa época —indicó entusiasmado mi interlocutor.

—Por eso, estimado colega, uno siempre tiene que estar atento a su entorno. Como usted sabe, uno nunca deja de ser detective.

Cuando ingresé a la institución, el año 1971, había delitos comunes que eran el hurto de billeteras a un transeúnte que no se percataba del delito, este era cometido por un “lanza” quien sustraía hábilmente las especies desde la vestimenta de la víctima. También existía el “lanza escapero”, quien en forma sorpresiva sustraía algún objeto de valor y huía del lugar. Los asaltos a mano armada ocurrían pocas veces en el año y eran cometidos por delincuentes extranjeros (como José Roberto Rubio alias “el Loco Pepe”). Con el transcurso de

los años los delitos han ido mutando y el nivel de especialización de los delincuentes también, siendo la cárcel el mejor lugar para aprender técnicas nuevas para cometer un delito, lo que significó crear unidades especializadas para realizar las investigaciones.

¿Qué camino elegir?

1968-1971

AL COMIENZO

En el año 1970, las oportunidades que tenía para trabajar eran escasas, mis estudios alcanzaban el sexto año de Humanidades y recién había hecho el servicio militar. Las probabilidades eran trabajar en un banco o ingresar como empleado administrativo en algún servicio público. Ese mismo día concurrí a la Escuela de Carabineros y a la Escuela de Investigaciones. En Carabineros, mientras iniciaba los trámites observé un régimen similar al Ejército, en cambio en Investigaciones me agradó el trato del inspector que me atendió. Yo no estaba interesado en combatir la delincuencia, mi interés era trabajar y en la Escuela de Investigaciones pagaban un sueldo mientras uno estudiaba, que era mejor que entrar al servicio público.

En la entrevista fui bien recibido por mi paso por el servicio militar, además de mis conocimientos de balística, mi experiencia en el manejo y disparos de diferentes armas y mi adquirida disciplina castrense; me comentaron que estaba casi adentro. Sin embargo, como era menor de edad (recién tenía diecinueve años), necesitaba una autorización de mis padres.

—Por ningún motivo —me contestaron cuando les relaté mis avances en la postulación.

—Es muy peligroso tratar con delincuentes, te puede pasar algo —comentó mi padre, Fernando.

—No, no y no. Olvídalo —me dijo mi madre, Fresia.

Sin embargo, gracias a las gestiones de un capitán que había conocido en Famae (Fábricas y Maestranzas del Ejército de Chile) conseguí un trabajo como inspector en un internado pre-militar.

Cuando cumplí veintiuno me retiré del internado y en febrero de ese año postulé a la Escuela de Investigaciones, con casi dos mil postulantes para ochenta vacantes. Me asombró cómo, en dos años, había cambiado la percepción del trabajo de un detective.

Finalizado el examen de selección, quedé en lista de espera, pero nadie se retiró.

Era el mes de abril de ese año y una vecina del barrio que tenía teléfono me avisó que me llamaba un hombre de “Investigaciones”. Partí rápidamente a su casa y tomé el teléfono.

—Buenas tardes, señor Ilabaca, lo llamamos de la Escuela de Investigaciones. Le informo que, cuando hay carencia de detectives en la calle, el presidente de la República está autorizado por ley para llamar a un curso de ayudantes policiales. Ahora, el curso en el cual quedó en lista de espera dura dos años en aula, y los alumnos egresan como detectives 5°, pero tengo una propuesta alternativa que podría interesarle.

Escuché atentamente lo que me ofrecían. El curso por el que me llamaban duraba seis meses en aula, y si aprobaba todos los ramos, me recibía como ayudante policial con placa y armamento de cargo. Luego debía realizar una práctica de dieciocho meses en diferentes unidades policiales y sería evaluado mensualmente por un tutor, quien emitiría un informe reservado de mi comportamiento. Finalmente, tendría que rendir un examen oral ante una comisión; si me aprobaban, egresaba como detective 5°.

Los grados ese año 1971 eran los siguientes. Uno egresaba cómo detective 5° y después según las vacantes que había ascendía a los grados superiores: detective 5°; detective 4°; detective 3°; detective 2°; detective 1°, subinspector; inspector; comisario; prefecto; prefecto inspector; subdirector y director general. El director general era designado por el presidente de la República, ya que era un cargo de confianza de la máxima autoridad del país.

—¿Le interesa? —preguntó—, tiene que contestar ahora.

—Por supuesto que me interesa.

—Perfecto. Como tenemos todos sus papeles, se debe presentar en la escuela el 17 de mayo, mismo día que comienzan las clases. Lo esperamos y lo felicito por su decisión.

—Gracias, señor, buenas tardes. —Y colgué.

Llegó el 17 de mayo de 1971 e ingresé junto a setenta y nueve jóvenes que, divididos en los cursos A y B, entramos a nuestras respectivas aulas. Para la primera clase nos tocó un señor de edad,

vestido con un impecable terno y un maletín de cuero. Se presentó como el profesor de Práctica Policial.

—Caballeros, ¡presten mucha atención! —dijo.

En ese momento entró a la sala otro señor, quien murmuró algunas palabras al profesor y de inmediato se retiró.

—Señores, saquen una hoja y describan a la persona que recién entró a la sala. Necesito que indiquen lo siguiente: edad aproximada, estatura, color del pelo, ¿era liso u ondulado? Color del terno, color de los zapatos, ¿usaba cordones? ¿Usaba anillos? ¿Qué color tenía la pulsera del reloj? ¿Usaba reloj? ¿Usaba lentes? ¿Tenía bigote? Disponen de veinte minutos para entregar la hoja, que por cierto tiene que ir con la fecha de hoy, su nombre y curso.

A los quince minutos empezamos a entregar las hojas. En el más profundo silencio, el profesor empezó a revisarlas y luego las devolvió calificadas. Miré mi nota: 0,75. La mejor nota del curso fue un 2,5.

El profesor se levantó de su asiento, recogió las hojas, las puso en el interior del maletín y nos quedó mirando uno a uno.

Se produjo una mudez sepulcral en la sala.

—Jóvenes, durante el semestre voy a pensar si pongo esta nota; puede que la ponga o puede que me olvide... la verdad es que no lo sé, pero creo que influirá su rendimiento y atención en el desarrollo de esta asignatura. Empecemos la clase.

El profesor nunca puso la nota y nosotros jamás olvidamos describir mentalmente a una persona; ni cuando ingresaba a la sala de clases, ni después, cuando ejercíamos nuestra profesión como detectives. Nos quedó grabada esa costumbre.

Terminó la clase y el profesor salió de la sala. Ingresaron tres personas jóvenes y se identificaron como alumnos de primer año. Tenían la misión de informarnos que en la escuela estaba prohibido fumar.

—Así es que uno de nosotros pasará por los asientos para que ustedes dejen las cajetillas que tienen en su poder.

Le hizo un gesto a otra persona del grupo, quien tomó en forma ceremoniosa una fuente circular y pasó entre los pupitres mientras todos dejábamos en ella las cajetillas. Nadie se miraba entre sí, solo obedecimos. Nos dieron las gracias y se despidieron.

A continuación ingresaron dos varones, de mayor edad que los anteriores, y se identificaron como alumnos de segundo año. El motivo de la visita era comunicar que el director de la escuela estaba interesado en modernizar la piscina, razón por la cual se solicitaba una erogación voluntaria. Uno de nosotros se levantó y dijo:

—Señor, con mucho agrado yo coopero.—Y aportó una cantidad considerable para esos tiempos.

—Muy bien, colega. Necesito su nombre para informar a nuestras autoridades. Por cierto, el que no quiera cooperar, quedará en la lista que no lo puede hacer por razones de fuerza mayor.

Se produjo un silencio más tenso que el de la primera hora de clase. Todos cooperamos y todos fuimos anotados en la lista.

—Seguramente el director iba a estar muy contento con estos alumnos tan cooperadores —manifestó el que parecía mayor entre ellos, y se dirigieron a la puerta—. Ah, por cierto, no olviden que ustedes son los “upecu” de la escuela, buenos días.

Después de la segunda clase tuvimos un recreo de veinte minutos. Al salir, nos encontramos sorprendidos viendo cómo los aspirantes fumaban por distintos lugares del patio y nos miraban sonriendo. Entonces pasaron los alumnos de segundo, los mismos que habían solicitado la cooperación para la piscina, invitando a sus compañeros de curso a comer completos.

—Acepten, que nos invitan los ayudantes policiales. De hecho, ahí van pasando —nos apuntaron e hicieron gestos de agradecimiento mientras no paraban de reír.

Al regresar a clases, entró a la sala el inspector instructor del curso y nos preguntó cómo lo estábamos pasando en nuestro primer día. Un alumno que había sido nombrado jefe del curso expuso su molestia por haber sido engañado con los cigarrillos y la erogación voluntaria. Solicitaba que se diera cuenta al director, ya que se habían aprovechado de nuestra buena fe.

—¿¡Qué!?! —exclamó el instructor— ¿Usted quiere que le cuente al director escuela que tenemos a ochenta cándidas personas como futuros detectives, que ante cualquier historia son engañados y entregan su dinero y sus cigarrillos, sin preguntar bien antes?

Se escuchaban murmullos de lamentaciones y quejas, todos intentando no subir el tono de su voz. Yo observaba en silencio; en parte, el instructor tenía razón.

—¿Y ustedes saldrán a detener a los estafadores y cuenteros de Chile?! —agregó muy serio—. No me hagan reír.

—Está bien, señor, aceptamos que fuimos ingenuos —respondió el jefe de curso—. Ahora, una consulta: ¿por qué nosotros somos los “upecu” de la escuela, señor?

El inspector instructor lo quedó mirando, movió lentamente la cabeza y salió de la sala.

—¡¡Dios me libre!! ¿Qué haré con estos jóvenes?

La práctica profesional

17 DE NOVIEMBRE DE 1971

EL DEPARTAMENTO DE ASESORÍA TÉCNICA

Había terminado el curso de ayudantes policiales y el próximo paso era realizar la práctica profesional. Los que éramos de Santiago nos dividimos en las unidades de la Brigada Móvil, la Brigada de Homicidios y el Departamento de Extranjería y Policía Internacional. Los de provincia fueron destinados a sus ciudades de origen, en unidades similares.

Llegamos al Cuartel Central y nos presentamos en el Departamento de Personal, los Recursos Humanos de nuestra institución, donde nos fueron entregadas las placas de servicio y nuestras papeletas de presentación. Nos llevaron a Armería a recibir las armas de cargo, un revólver marca Colt, calibre 38. En el lugar había una persona que vendía diferentes tipos de cartucheras y sobaqueras para portar el revólver. Me compré una sobaquera café claro; incomodaba al inicio, pero después me acostumbré. Luego descubrí que esta generaba cierta expectación en las personas cuando conocían a un detective.

Nos designaron a la Asesoría Técnica, la que se componía de las siguientes secciones: Archivo, Filiación, Huellas y Reconocimiento, donde fuimos divididos con mi grupo. El ayudante del jefe del Departamento de Asesoría nos condujo junto con tres compañeros a la Sección Huellas.

LA SECCIÓN HUELLAS

La Sección Huellas, ubicada en el primer piso del Cuartel Central, está en la esquina de General Mackenna con Teatinos; en ese entonces, frente a la antigua Cárcel de Santiago. Estaba constituida por dos grandes oficinas, la primera de ellas (por la cual se ingresaba) tenía unos ocho escritorios metálicos, con dos cajones cada uno, que eran

ocupados por dos funcionarios. El detective más antiguo ocupaba el cajón de arriba y el menos antiguo el de abajo. De lunes a domingo se trabajaba en tres turnos, el primero de 08.00 a 14.00 horas; el segundo de 14.00 a 20.00 horas y el tercer turno era el nocturno, de 20.00 a 08.00. Esos horarios existían en teoría, pues cada turno empezaba a esas horas, pero no tenía horario fijo de término.

En la segunda oficina había dos habitáculos, que hacia el fondo separaban toda la dependencia en tres módulos. El primero de ellos, que era más grande, tenía cuatro escritorios. Un habitáculo era ocupado por el jefe de la Sección Huellas y el otro por el segundo jefe de la unidad.

El archivo decidactilar era similar al que se usaba en el Gabinete de Identificación, donde estamos filiados civilmente todos los chilenos y residentes extranjeros tras obtener la cédula de identidad. La ficha decidactilar es una ficha de cartulina color blanca, la cual tiene unos casilleros para imprimir con tinta negra las impresiones de los dedos de cada mano, lo que es la filiación dactiloscópica. Está dividida en una parte superior en que se imprime la mano derecha con los dedos pulgar, índice, medio, anular y meñique, sucesivamente. Luego en la parte inferior la mano izquierda con los dedos pulgar, índice, medio, anular y meñique. En forma paralela existía un archivo monodactilar, con la Clave de 33 valores creada por los peritos en huellas, cuya clasificación era muy lenta.

El año 1905, cuando se aplica en nuestro país la dactiloscopia, las figuras dactilares se clasificaban con la Clave de 4 valores creada por Juan Vucetich. El año 1929 en la Dirección General de Carabineros, ya que Investigaciones se creó el año 1933, se nombró una comisión integrada por varios especialistas, que creó la Clave Chilena de 14 valores, basada en la Clave de 4 valores original.

Llegamos y en el lugar reinaba el silencio, había varias personas clasificando unas fichas, algunos aplicando un reactivo dactiloscópico en soportes levantados desde un sitio del suceso y otros investigando fragmentos de huellas dactilares. Entre ellos, apareció un hombre de unos cuarenta años, moreno, de aspecto sesudo. Llamó mi atención su pelo corto y bastante canoso para su edad. Andaba de traje, al igual que los demás, pero sin la chaqueta, y vestía delantal blanco.

—Comisario Garay, estos son los ayudantes policiales en práctica: don Fernando Ilabaca, don Pedro Villanueva, don Jorge Paredes y don Sergio Urrejola.

—Buen día, jóvenes, esta es la Sección Huellas. Aquí se investiga la identidad de las personas que ocultan su verdadero nombre.

Generalmente, los delincuentes habituales no portan su cédula de identidad cuando “andan trabajando o haciendo empeño”, y cuando los detectives en un control de identidad solicitan su nombre a la persona sospechosa, esta puede responder con cualquier nombre. Por lo tanto, a través de la Dactiloscopia, que es el estudio de los dibujos digitales que tenemos en la yema de los dedos, estos se obtienen con la aplicación de una tinta color negra y se estampan en una ficha color blanca, luego se clasifican con la Clave Chilena de 14 valores y se investigan en nuestros archivos policiales y/o en los del Registro Civil, donde estamos todos registrados civilmente. De esta manera científica se establece su verdadera identidad.

Recordé las clases de la escuela, cuando el profesor nos explicaba que el ser humano para identificar a los delincuentes aplicaba métodos primitivos de diferenciación. En algunos países de Europa, antiguamente, si robaban les cortaban la mano; si mentían les cortaban la lengua. En otros les marcaban en la frente con un hierro candente la letra V, que significaba que era un ladrón; si reincidía, otra V. Como estos métodos eran muy dolorosos y no permitían la reinserción del delincuente en la sociedad, se crearon sistemas modernos de identificación, como la Dactiloscopia, ciencia que se aplica en nuestro país desde el año 1905.

“A través de la Dactiloscopia se identifican los trozos de huellas dactilares extraños a los afectados y que fueron levantados desde un sitio del suceso y se identifican cadáveres NN (sin identidad), mientras haya piel en sus dedos y se obtengan dibujos papilares. Para investigar tenemos un archivo dactiloscópico que contiene las fichas decidactilares, clasificadas con la clave de 14 valores, que se toman a las personas detenidas por Investigaciones, y estos maletines de sitio del suceso, con elementos para levantar huellas dactilares latentes. El personal lo constituyen detectives especializados en dactiloscopia y huellografía”.

—¿Alguna pregunta?

Nos miramos y contestamos que no había dudas, aunque en realidad estábamos procesando la información recibida, palabras que nunca habíamos escuchado. Me destacaba por mi buena memoria, por lo que pensé que en el camino iría aprendiendo y ampliando el conocimiento de aquel barniz que había recibido.

—Me imagino que a ustedes les explicaron en la escuela a lo menos los cuatro grupos fundamentales de huellas: arco, presilla interna, presilla externa y verticilo. Como ustedes saben, el arco no tiene delta, la presilla interna presenta un delta al lado derecho del observador, la presilla externa al lado izquierdo y el verticilo tiene un delta a cada lado —finalizó irónicamente.



En esos momentos sonó el teléfono de la sección. Como yo estaba al lado, me pidieron que contestara diciendo “Sección Huellas” y mi apellido. Procedí a levantar el auricular, mientras todos me miraban.

—Sección Huellas, buen día.

—Buen día, habla Toro, ¿con quién?

—Con Ilabaca, señor.

—¿Qué se ha imaginado? —Y se cortó la comunicación.

Me quedé de una pieza, con el auricular en la mano. El comisario Garay me preguntó qué había pasado, que por qué no decía nada.

—No sé, contesté, era un señor Toro y parece que se molestó por algo.

El comisario Garay no alcanzó a decir una palabra cuando entró a la oficina el jefe del Departamento de Asesoría Técnica, el prefecto Toro, iracundo, el rostro enrojecido, preguntando quién había con-

testado el teléfono. El comisario Garay reía a carcajadas mientras yo, complicado, buscaba mi cédula de identidad y se la mostraba al prefecto quien, en silencio, se retiró de la sección. No habían pasado veinte minutos y mi práctica ya comenzaba con problemas.

EL TUTOR DE HUELLAS

Me designaron como tutor al subinspector Manríquez, quien era el tercero en antigüedad de la sección. Era un tipo de estatura mediana, grueso, de nariz aguileña, mirada aguda y ojos achinados. Vestía de traje. Me recibió con cordialidad, sin hacerme preguntas y lo primero que hizo fue tomar mis impresiones dactilares, las que quedaron en una ficha decidactilar. Me dijo que iríamos al edificio del Gabinete de Identificación, al lado poniente del Cuartel Central de Investigaciones. Una vez en el lugar nos dirigimos al tercer piso, donde estaba el Subdepartamento de Dactiloscopia. Fui presentado a la jefa y mi tutor me comentó:

—Acá en el primer nivel están todos los varones ordenados alfanuméricamente por la clave de 14 valores. Las mujeres están en el segundo nivel.

Observé a mi alrededor: había una infinidad de muebles de madera y, como me enteraría después, cada uno de ellos tenía treinta y cinco cajones.

Mi tutor se instaló en un mesón y con su lente miraba mi ficha decidactilar. Ahí estaban mis diez impresiones dactilares y me comentó que lo que estaba haciendo era clasificarlas. Mientras tanto me explicaba que cada cajón tenía aproximadamente entre 3.000 y 3.500 fichas. Me pidió que lo acompañara, abrió un cajón y retiró unas veinte. Eligió una de ellas, miró al reverso.

—Usted se llama Ilabaca Reyes Fernando Narciso Francisco, nacido en Santiago el 4 de octubre de 1949.

Lo miré pasmado, no habían pasado más de cinco minutos. A lo más él conocía mi apellido, no tenía cómo saber el resto de mis datos.

—Así es que se llama Narciso —comentó divertido. Los ojos achinados parecían una línea.

—Sí, señor —respondí—, mis padres me pusieron Narciso por mi abuelo materno y Francisco porque nací el día del santo, pero

mi primer nombre es Fernando y así me llaman, y es también el nombre de mi padre.

—No importa, para mí usted siempre se llamará Narciso — respondió sonriendo.

EL CARRO DE HUELLAS Y EL MALETÍN DE PERITAJES

Al día siguiente, cuando llegué a la oficina mi tutor me estaba esperando con su maletín de peritajes. Este era de aproximadamente 60 cm de largo, unos 20 de alto y unos 50 de fondo, de color azul oscuro, que al abrirlo se dividía en dos partes. La parte superior, que es la sección interna de la tapa, tenía varios pinceles de tamaños diferentes con finos pelos para aplicar los reactivos dactiloscópicos, además de lupas, cintas adhesivas para levantar los trozos de huellas revelados, fichas decidactilares y otros elementos menores como pequeñas reglas y tijeras. En la parte inferior, contenía reactivos químicos de diversos colores y los elementos necesarios para obtener impresiones.

—Buen día, señor Ilabaca, vamos saliendo a un peritaje relacionado con un delito de robo. Como es la costumbre, el menos antiguo lleva el maletín.

Lo tomé y noté que era bastante pesado, había que conservar el equilibrio mientras uno caminaba y tener cuidado para no golpear a una persona o un mueble. Mientras tomaba el maletín y seguía las instrucciones estaba intrigado, en la escuela me habían explicado un caso de homicidio, y mediante diapositivas mostraban las etapas de un sitio del suceso con el cadáver y cómo se examinaba este. Pero acá era diferente, yo ignoraba de qué forma se investigaba un delito desde el punto de vista de un experto en huellas digitales, todo era desconocido, más aún que a uno no le decían “mire, nos vamos a encontrar con tal escenario”. Uno aprendía en el lugar, observando el desempeño del detective más antiguo, luego si algo no entendía preguntaba en forma reservada al tutor.

Salimos a la calle posterior del Cuartel Central, una donde estacionaban las patrulleras y era conocida popularmente como calle Suspiros, hacia el estacionamiento, y el subinspector Manríquez se dirigió a una camioneta roja. Había un hombre sentado adentro,

me lo presentó como don Manuel. Mi tutor se sentó a su lado y me pidió que me ubicara en el asiento trasero.

—Don Manuel conoce las calles de Santiago como las palmas de sus manos. Como más antiguo —remarcó—, soy el jefe de máquina, y me siento acá como copiloto. Voy a cargo de “la pera”, el equipo para comunicarnos con la Central de Radiopatrullas, todos los carros de Santiago estamos informados por este medio de las novedades policiales.

Escuchaba atentamente al subinspector, pensaba que todos los antecedentes que me proporcionaba me los preguntaría más adelante y todo lo que yo omitiera u opinara sería evaluado en el informe mensual. Salimos del cuartel y el subinspector tomó la pera, que era un micrófono, y comunicó:

—Carro 56 a central.

—Adelante, carro 56.

—Buen día, central, este carro de Huellas en peritaje.

—Conforme, carro de Huellas, buen día.

Llegamos al sitio del suceso, ubicado en un sector residencial de la comuna de La Reina. El subinspector tocó el timbre del inmueble, se abrió la puerta y se asomó un hombre.

—Señor, buen día, somos peritos en Huellas de Investigaciones, ¿usted es el señor Héctor Monsalve?

—Sí, yo soy, pasen por favor.

EL PRIMER SITIO DEL SUCESO DE ROBO

El dueño de casa nos invitó a entrar, nos condujo al living y nos ofreció un café, el que fue rechazado en forma cortés por el subinspector, quien le solicitó relatara lo sucedido. Antes de que comenzara, le preguntamos si es que tenía teléfono para llamar a la unidad. Mi tutor se dirigió a un rincón del living donde había una mesa con una lámpara. Levantó el auricular y puso su dedo índice en el marcador rotatorio y mientras daba vuelta el discado, los demás guardábamos silencio. Después de la llamada, el señor Monsalve nos contó que vivía en esa casa con su señora, que eran profesores jubilados. El día de ayer habían ido a visitar a uno de sus hijos alrededor de las dos de la tarde. Las puertas del patio y

la reja del antejardín quedaron con llave doble, una preocupación constante del dueño de casa. Regresaron alrededor de las ocho de la noche y notaron que un vidrio del ventanal del living estaba roto y las habitaciones de la casa habían sido revisadas, lo dedujeron por el gran desorden.

—Se llevaron un equipo de música y unas joyas de mi señora. Estamos inquietos, este es un barrio tranquilo y no suceden este tipo de cosas. Avisamos a Carabineros, miraron lo que había pasado, vinieron para acá y nos dijeron que no tocáramos las cosas y que vendrían unos peritos en huellas. ¿Ustedes son carabineros?

—No, señor, somos de Investigaciones, somos detectives —contestó mi tutor.

—Ah, claro, por eso andan de terno y corbata... Perdón, no me había dado cuenta, es que estoy en un mal día. Anoche dormimos poco con mi señora; nos acostamos en la pieza que estaba menos revuelta, y además recibimos una llamada por teléfono, un señor nos explicó que era mejor hacer el peritaje con luz natural.

—Así es señor, con la luz del día se ven mejor los rastros y huellas dejados por los delincuentes —contestó el subinspector Manríquez—. Acompáñenos, señor Monsalve, comenzaremos el peritaje. Ayudante, sígame —me dijo.

Nos hizo salir a la calle para analizar cómo el o los delincuentes habían ingresado. Nos hablaba mientras caminábamos. Teníamos que determinar el lugar exacto de ingreso y aludió a que el afectado había dejado la puerta de la reja del antejardín con doble llave. La movió con firmeza y la puerta cedió. Nosotros lo mirábamos con atención.

—Soltando y levantando este seguro inferior de la puerta, esta se abre fácilmente —nos indicó el subinspector.

—Señor, usted tocó ese fierro, que es como un seguro, ¿cómo saber si allí no hay huellas de los delincuentes? —preguntó el señor Monsalve.

Mi tutor empezó a registrar los antecedentes en un formulario conocido como Hoja de Ruta, primer documento utilizado en la institución, que permitía un orden en el trabajo pericial. Esta fue una creación de los peritos en huellas dactilares y fue la base para que otras unidades crearan sus propios formularios según la especialidad.